



VIVIR

Ataúlfo Sanz

No es lo mismo vivir que estar vivo. Eso lo sabía muy bien Fuensanta la pescadera, que había llegado a los cien años en plenitud de facultades. Ciertamente es que desde que se rompiera por segunda vez la cadera, unos años atrás, vivía en una residencia de las mejores de Córdoba, pero hasta entonces había llevado bien su casa, sin ayuda de nadie, tras dejar su puesto en el mercado de La Corredera. Fuensanta era menuda de estatura y delgada como una paja de trigo. Quizás por eso todo el mundo la llamaba “muñequilla” o sólo Fuen. Sin embargo, era de carácter fuerte y eso se notaba incluso ahora que dependía de los demás para casi todo. Tenía un pelo blanco marfileño que cada semana llevaba a peinar, pues a pesar

de no ser muy agraciada siempre le había gustado estar bien arreglada. Contaba también con una elegancia natural, un saber estar y una prestancia que la habían convertido en la reina madre de la residencia. Sentada en su silla, con la sonrisa puesta permanentemente, saludaba moviendo ligeramente sus viejas y encallecidas manos, haciendo titilar las pulseras de bisutería con las que le gustaba adornarse. Residentes y trabajadores se acercaban donde ella estaba para recibir su bendición y le hacían pasillo como en el fútbol cuando al fin se levantaba de su silla para acudir a alguna de las actividades que se organizaban en el centro, o simplemente para subir a su habitación en la primera planta. Ella, que nunca había ido a un baile, era ahora la estrella de la pista en las verbenas que la re-

sidencia organizaba, pero también era miembro del coro de ancianitas, a pesar de no haber tenido nunca buena voz, y jugaba a los bolos y al dominó, llegando incluso a ganar varias veces los campeonatos locales. Tenía muy claro que lo más importante para mantenerse viva era participar en todas las actividades que pudiera y no dejarse arrastrar por la apatía y el descontento.

Desde que se resbaló en el suelo de su cocina, ya no tenía seguridad en el andar y por eso la mayor parte del tiempo se dejaba ayudar por un andador que se había convertido también en su mejor pareja de baile.

Todos los jueves por la tarde, después de haber descansado un rato, se ponía uno de sus trajes ajados por el paso del tiempo y las modestas joyas heredadas de su madre y salía de su habitación en la primera planta del edificio hacia el salón principal que se encontraba junto a la entrada de la residencia, en la planta baja.

Llegaba siempre pronto y por eso podía elegir entre los mejores sitios de la primera fila, justo al lado del cantante o del grupo de turno, y esperaba pacientemente a que la música comenzara a sonar. Como era toda una señora, dejaba pasar las primeras piezas pero en cuanto el cantante acometía el primer pasodoble, ella se levantaba de su silla como si tuviera un resorte y con una energía impropia de una persona de su edad, se lanzaba a la pista agarrada a su andador y mirando al frente avanzaba marcando el ritmo como si fuera la reina de la pista.

La mañana en la que cumplía cien años, Fuen se levantó nerviosa. Llevaba prácticamente un año soñando cómo sería ese momento y ahora que había llegado le parecía como si en realidad fuera un día normal en el tranquilo discurrir de su existencia. Sabía que la dirección del centro estaba preparando algo, pero no acaba de ver claro qué era lo que iban a ofrecerle.

Por lo general, cuando un residente cumplía años se hacía una pequeña fiesta con tarta y velas, en la que participaban también familiares y amigos. Pero ella cumplía un siglo de edad, una cifra más que destacada, y además no tenía familia directa con la que compartir un momento como ese.

Mientras se vestía, recordaba su infancia en un cortijo olivarero de la sierra de Los Pedroches y

su llegada a Córdoba con doce años para servir en la casa de un militar, donde para fregar los platos tenía que subirse a un taburete porque no llegaba al fregadero.

— ¿Cómo está mi “muñequilla”? -dijo gritando con acento dominicano la cuidadora que todas las mañanas le hacía la habitación-. Mi amor, me han dicho que hoy es tu cumpleaños, ¿es así? - y se abrazó a Fuen para cubrirla de besos muy sonoros-.

Después de las pertinentes preguntas y respuestas sobre su lugar y fecha de nacimiento, la cuidadora miró a Fuen a los ojos y como si estuviera hablando con una niña pequeña a la que se quiere dar una sorpresa le dijo:

— La dirección ha preparado una sorpresa que seguro que le va a gustar. Aunque ya se ha vestido usted, me han dicho que la tengo que poner muy, muy guapa y abrigada porque va a salir a la calle, visitar la ciudad.

— ¿Una sorpresa? -preguntó extrañada Fuen- Si hay algo que no me gusta a mí son las sorpresas. Yo de aquí no me muevo, que estoy muy bien. Si quieren salir ellos, que salgan -y se colocó los bracitos sobre el pecho, en señal de protesta-. Pero después de dimes y diretes, la persuasiva dominicana consiguió bajar a Fuen hasta la calle, vestida más que nunca como una “muñequilla”. Allí le esperaba una nutrida representación del personal del centro, con su director a la cabeza, quien le entregó un gran ramo de flores mientras el resto de la gente aplaudía y cantaba “Cumpleaños feliz”.

Fuen no cabía en sí de alegría, primero porque se hubieran acordado de fecha tan señalada y después porque el director en persona, un hombre que era igual al actor Arturo Fernández, le hubiera regalado flores.

— Muchas gracias, muchas gracias...-susurraba ella entre sollozos-. Es que no sé ni qué decir...

— Pues esto no es nada, Fuen -le respondió el director-. Te hemos preparado una sorpresa que no olvidarás nunca.

Y mientras decía esto, el grupo de los empleados que rodeaban a la pareja se fue haciendo a un lado y apareció un coche de caballos, con ruedas rojas recién pintadas, tirado por un caballo blanco alazán, como sacado de una película.

— ¡Pero si yo no he montado nunca en coche de caballos! -exclamó Fuen con cierta sorna- ¿Y dónde nos va a llevar?

— Eso es una sorpresa -contestó el director ayudándole a subir a la calesa- Pero es un sitio que te va a traer muy buenos recuerdos -sentenció guiñando un ojo-.

Subidos en el coche de caballos, Fuen y el director se alejaron de la residencia y se encaminaron hacia el centro, casi sin mediar palabra. Ella iba entusiasmada por lo que estaba viviendo y el director la miraba embelesado. Pasaron por delante de la mezquita catedral, pero no se pararon y a Fuen se le vino a la cabeza la guerra, los continuos bombardeos de la ciudad, especialmente en los primeros meses del levantamiento.

Recordó al pasar cómo un bombero tuvo que bajar un explosivo del tejado de la misma catedral, y como se derrumbaron las torres de las iglesias de San Andrés o Santa Marina.

La calesa avanzaba a paso firme por el entramado de las calles cordobesas y al poco tiempo ya estaban cerca de la plaza de La Corredera.

— ¡Qué bonita está ahora la plaza! -exclamó Fuen-. En la guerra todo esto estaba lleno de sacos para protegernos de las bombas. Cada vez que oíamos un avión en el cielo, salíamos corriendo de las casas y nos veníamos aquí. Yo además servía en una casa de militares, ¡imagínate el miedo que teníamos!

— No sabía que habías pasado la guerra en Córdoba. Nosotros que pensábamos que iba a ser un paseo agradable y resulta que te estamos dando el día.

— ¡Qué vaaaa! Esto está superado. ¿Sabes que yo estuve aquí, en el viejo mercado, muchos años vendiendo pescado? ¡Qué bonito era el mercado, con sus arcos y su techo de hierro! ¡Y qué alegría había en los puestos! Yo creo que la gente antes era más feliz, aunque no tuviera nada.. En fin.. ¡tengo mucha ganas de ver el mercado nuevo, que me han dicho que ahora está muy bonito!

El director de la residencia bajó de la calesa y extendió su brazo para que bajara también Fuen. Juntos recorrieron la plaza que lucía en todo su esplendor bajo la luz del sol de mediodía que hacía resaltar el rojo albero de las paredes y arcos.

— Antes, todo esto no se veía -explicó Fuen al director-. El mercado estaba en el centro y lo ocupaba todo.

El olor a pescado fresco fue lo primero que le llegó a Fuen a medida que avanzaban hacia el mercado. En su cabeza resonaban los gritos de los pescaderos pregonando su pescado y la algarabía que reinaba en los puestos.

El de ahora era un mercado mucho más pequeño que el que ella conoció, pero no por ello era menos sorprendente. Además de carnicerías, pescaderías y puestos de frutas y verduras, había también tiendas de encurtidos donde se vendían múltiples variedades de aceitunas con diferentes aliños, que a Fuen le traían recuerdos de su infancia en el cortijo. Había flores, había especias y había también una tienda dedicada a los libros, que lejos de parecer fuera de lugar estaba perfectamente integrada entre los tomates, los jacintos y las gitánillas.

Al ver los libros apilados, Fuen pensó en sus padres analfabetos que tanto insistieron en que aprendiera a leer y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al darse cuenta de que ya llevaba casi media vida sin ellos.

A esa hora, el mercado estaba ya en plena ebullición. Al estar ubicado en un sitio tan céntrico, eran muchos los cordobeses o turistas que se acercaban a él, no sólo para hacer la compra, sino también para tomar en el bar algunas de los exquisiteces locales.

El director hizo amago de parar a tomar algo, pero Fuen con un gesto le indicó que ya estaba cansada y que era hora de volver a casa, por lo que salieron de La Corredera hacia la plaza de Las Cañas y tomaron un taxi que les devolvió a la residencia. El trayecto de vuelta transcurrió en silencio y Fuen tuvo tiempo de recordar sus días en el puesto de pescado, cuando su vida pasaba en esas calles por las que ahora circulaba.

Llegaron casi a la hora de la comida y directamente Fuen se dirigió al comedor donde ya estaban sentados la mayoría de residentes. Ella por su edad debería comer en la planta de pacientes asistidos, pero siempre se había negado a recibir cuidados especiales.

Fuen no era persona de mucho comer, pero ese día al tratarse de su cumpleaños hizo una excepción y tomó salmorejo con su pan telera,

flamenquines y hasta un trozo de pastel cordobés, con su hojaldre y su cabello de ángel, que sirvieron en su honor con velas y todo.

Después de comer, Fuen subió a su habitación para descansar un poco. Tumbada sobre su cama, se sentía la mujer más feliz del mundo después de la emotiva visita a La Corredera y la opípara comida y recordaba momentos de su vida, buenos y malos, que se le venían a la cabeza en una sucesión de imágenes semejante a una película muda.

Pensó en sus padres y los veía jóvenes, como cuando les dejó en el cortijo para venirse a Córdoba. Pensó en su hermano, que no pudo ser enterrado cristianamente porque murió en el frente, y en sus señores, que la cuidaron como si fuese su hija en los inciertos meses de la contienda y después, cuando el alzamiento nacional dio paso a una dictadura, que en su casa no se notó mucho porque su señorito era militar de carrera.

En su apacible duermevela, recordó también sus años como pescadera, los pretendientes que había tenido y su llegada a la residencia que sentía como su propia casa después de haber pasado varios lustros en ella. En un momento dado le vino a la cabeza la imagen de su amiga Teresa, la "Chiquita Piconera" que había posado para el gran Romero de Torres y fabuló cómo habría sido su vida si el pintor la hubiese elegido a ella como modelo, a tres pesetas por sesión.

La tarde transcurría cadenciosa y tranquila, mientras la residencia entera se preparaba para la gran celebración del centenario. Un grupo de empleados retiró con energía el mobiliario del salón de la cafetería hacia las paredes laterales y abrió un pasillo central que culminaba al fondo en un pequeño escenario adornado con globos de colores y una gran pancarta con el número cien en letras rojas.

Como si presintiese lo que iba a ocurrir, el reloj despertador comenzó a bailar en la mesita de la habitación de Fuen. Ella se incorporó de la cama y sin prisa se dirigió hacia el armario ropero donde dedicó un buen rato a escoger un vestido para su baile de gala. Del joyero damasquinado extrajo también unos zarcillos de oro y un collar de perlas Majórica, que en su día compró en Mallorca en sus primeras vacaciones fuera de Andalucía. Para rematar el con-

junto eligió un bolso de piel de Ubrique y unos zapatos cómodos, pues tenía intención de bailar todo lo que su pequeño cuerpo aguantase.

Ataviada como una gran señora, Fuen asió su andador y saliendo de la habitación se dirigió hacia los ascensores. Hacía ya años que no usaba la escalera, a pesar de que siempre tenía problemas con la puerta automática del ascensor, que casi siempre se cerraba antes de que ella y su andador hubiesen entrado.

Cuando llegó a la planta baja todo estaba preparado. En el salón de la cafetería sus compañeros esperaban pacientes que la fiesta comenzara y los empleados pululaban de un lado a otro cuidando que todo estuviera en su sitio.

Desde la puerta de entrada hasta el escenario que se atisbaba al fondo, se abría un enorme pasillo flanqueado por los residentes con sillas de ruedas. Al verlos, desde su escaso metro y medio de estatura, a Fuen se le vino a la cabeza la avenida de las esfinges que conoció en un viaje a Egipto, y no pudo por menos de esbozar una sonrisa cómplice.

Por detrás de las esfinges en sus sillas de rueda se colocaban el resto de los residentes y algunos empleados del centro que esa tarde no tenían trabajo.

En su papel de reina madre, con su bolsito colgando del andador, Fuen cruzó el pasillo saludando a un lado y al otro con un ligero movimiento de la mano, mientras escuchaba de la grada gritos de "guapa", "muñequilla", "hermosa" y otras lindezas similares que le hacían poner a ella colorada.

En primera fila, entre las sillas de ruedas y justo al lado del templete donde ya ensayaba el músico-cantante, Fuen tenía su sitio reservado. Con el garbo que la caracterizaba, hizo una vuelta completa con su andador y se aposentó en el sitio reservado justo cuando el director de la residencia entraba en el salón sonriendo como de costumbre y saludando a todo aquel residente que la extendía la mano.

Cruzó el pasillo de punta a punta y se dirigió a donde estaba Fuen que le esperaba con los brazos abiertos.

El director pidió prestado el micrófono al cantante y solicitando silencio se dispuso a improvisar un pequeño discurso.-

— Queridos amigos. Hoy estamos aquí para celebrar un cumpleaños, que no es un cumpleaños cualquiera. Nuestra amiga Fuen ha cumplido hoy cien años, aunque no lo parezca -dijo mirando sonriente a un lado y al otro de la sala-. Todos estamos muy orgullosos de tener entre nosotros a esta gran mujer, que aunque pequeña de estatura no se ha dejado pisar nunca. Aunque la vida no siempre se ha portado bien con ella, ha sabido mirar al futuro con optimismo y es un ejemplo para todos. Por eso, en este día tan señalado, queremos decirle que la queremos y que esperamos que cumpla muchos años más.

En ese momento, la gente empezó a aplaudir y unas lágrimas incontroladas asomaron por los ojos del director que se dobló literalmente para acercar su cara a la de Fuen y besarla en las dos mejillas.

“Julio Romero de Torres.... pintó a la mujer moreena”-comenzó a entonar con voz de barítono venido a menos el cantante que actuaba en el salón-. “Con los ojos de misterio y el alma llena de pena. Puso en sus manos de bronce, la guitaaaarra cantaora...”-continuó el cantante que ya se había bajado del pedestal y se acercado a la silla de Fuen.- “Y en su bordón hay suspiros y en su capa una dolora”.

En ese momento, el cantante hincó su rodilla en el suelo y acercándose a Fuen todo lo que podía continuó cantando “Morena, la de los rojos claveles, la de la reja florida, la reina de lassssss mujeres. Morena.. la del bordado mantón.. la de la alegre guitarraaaa, la del clavel español”. Y se levantó de un salto para bailar agitando las manos en mitad del pasillo mientras la música grabada que tenía en su ordenador seguía sonando.

Fuen, que era una señora, había aguantado sin bailar los primeros compases del conocido pasodoble, pero en vista de que el cantante ya estaba actuando al otro lado de la sala, ella se levantó y con su andador se marcó muy orgullosa los pasos del baile hasta que terminó.

— ¿Cómo lo estás pasando? -preguntó a Fuen el director que no se había marchado de la sala-.

— Muy bien. Nunca creí que después de todo lo que yo he pasado, pudiera llegar a los cien años y en estas condiciones. Me siento muy querida por todos y estoy muy feliz de estar aquí.

— Pues nada, Fuen, aprovecha que ya sabes lo que se dice: sólo se vive una vez.- continuó el director esbozando una sonrisa pícaro en su cara-.

— De eso nada -respondió ella enfadada-. Querrás decir que sólo se muere una vez; se vive todos los días. -y dejando al director con la boca abierta, acometió un chachachá que ya estaba sonando en la voz del cantante-.

El baile terminó a una hora prudencial y Fuen danzó todas las piezas acompañada de su andador. Estaba tan feliz que se olvidó de sus pies hinchados, de su artrosis y de los dolores de espalda que tan molestos habían sido en muchas ocasiones.

El salón se fue despejando y ella se quedó hasta que no quedó nadie para dar las gracias al cantante.

— El año que viene, más -le dijo el hombre muy optimista-.

— Bueno, ya veremos. Yo ahora sólo pido de día en día. Muchas gracias por todo y a ver si el año que viene me cantas esa de Manolo Caracol, “La niña de fuego”, que me chifla.

— A ver qué podemos hacer, Fuen, que ya sabes que tú eres mi talismán y yo estoy contigo a muerte -le respondió alegre el cantante antes de despedirse-.

Mientras el resto de los residentes se encaminaban al comedor donde ya se empezaba a servir la cena, ella se subió en el ascensor y se fue a su habitación. Había sido un día muy intenso y a pesar de su euforia, se sentía cansada. Sin esperar a que le asistieran para quitarse la ropa y descalzarse, se tumbó sobre la cama y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, la pizpireta dominicana volvió a entrar en la habitación de Fuen, como llevaba haciendo desde hacía varios años. Encendió la luz del servicio, que se encontraba nada más entrar, y abrió el grifo de agua caliente de la ducha para preparar el baño matutino. Comprobó también que tenía suficiente gel y que no había ropa sucia para lavar.

— ¿Cómo está hoy mi “muñequilla”? -dijo gritando como solía-. Fuen, ¿estás despierta? ¿No tienes ropa para la lavandería?

Pero Fuen no respondió.

Ilustración: Pablo Moncloa

